

La ENCICLOPEDIA

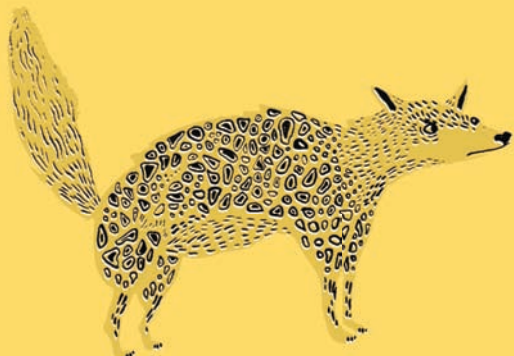
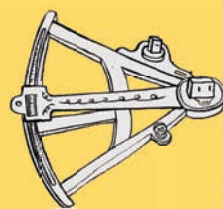
de

LA TIERRA TEMPRANA

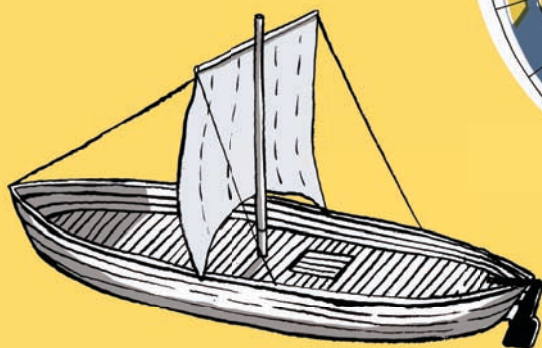
Una novela gráfica de Isabel Greenberg

IMPEDIMENTA





4 met





La ENCICLOPEDIA
de
LA TIERRA TEMPRANA

Una novela gráfica de Isabel Greenberg



IMPEDIMENTA

AMOR EN CLIMA GÉLIDO

Cuando el hombre del Norte y la mujer del Polo Sur juntaron sus canoas por primera vez en los helados mares antárticos, ambos comprendieron, en cuestión de segundos, que eran almas gemelas.

Él fue el primer Norteño en circunnavegar la Tierra Temprana y llegar a las costas del Polo Sur.



Pero no tenían ni idea de la extraña y perversa reacción que este encuentro provocaría en el campo magnético de la Tierra Temprana.

Si hubieran sabido las dificultades que tendrían que afrontar por ello, no se habrían enamorado con tanta rapidez.



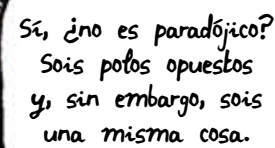
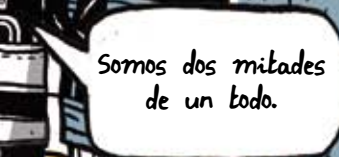
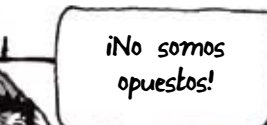
Aunque quizás no había forma de evitarlo. Destino, karma, voluntad de los dioses... llámadlo como queráis, pero seguro que aquello estaba destinado a suceder. Al fin y al cabo, se habían encontrado pese a la vastedad del Universo.



Parecía que ni siquiera la innegable fuerza de su amor era tan poderosa como la extraña repulsión magnética que les impedía acercarse el uno al otro a menos de medio metro de distancia.



Ni siquiera el sabio chamán de los Su-its (los moradores del Polo Sur) pudo hallar una explicación.





Pero, por supuesto, no podían. Así que besaron unos trocitos de papel y los soplaron en dirección al otro. (De hecho, muchos historiadores creen que este es el primer caso documentado de tanzamiento de besos al aire.) Como muchos recién casados, querían besarse sin parar, y en estos primeros años los cielos del Polo Sur se llenaron con centenares y centenares de besos de papel que se mezclaban con los copos de nieve y eran barridos por los vientos glaciales.

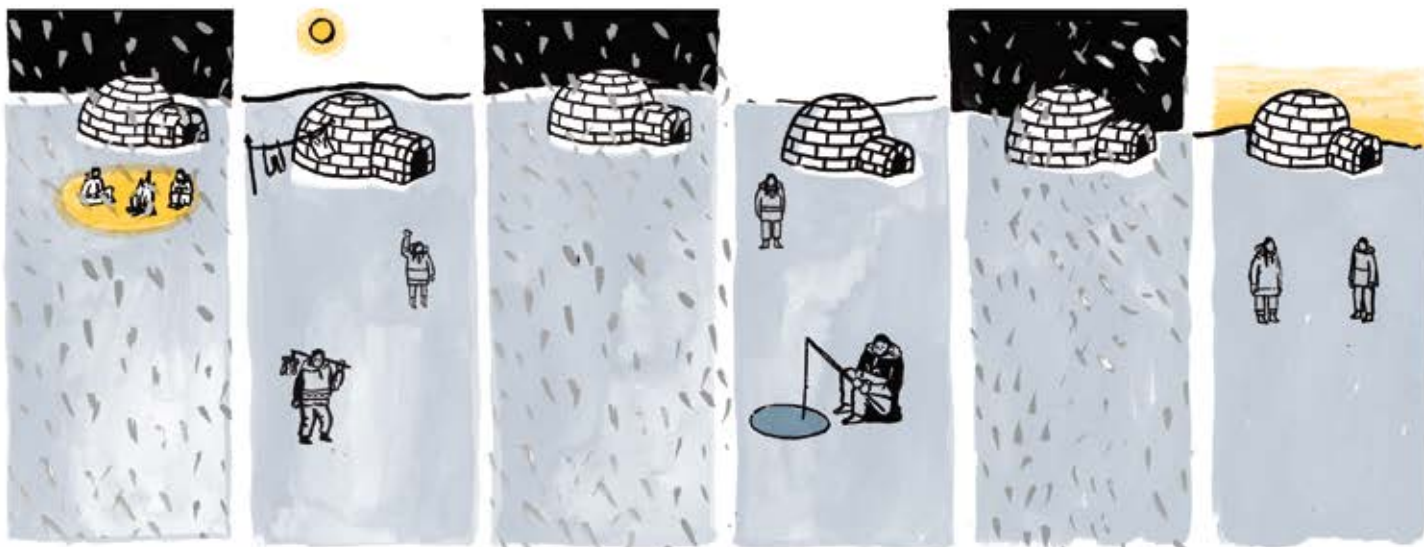


Todo eso estaba bien, pero solo había un modo de que pudieran sentir el calor del otro.

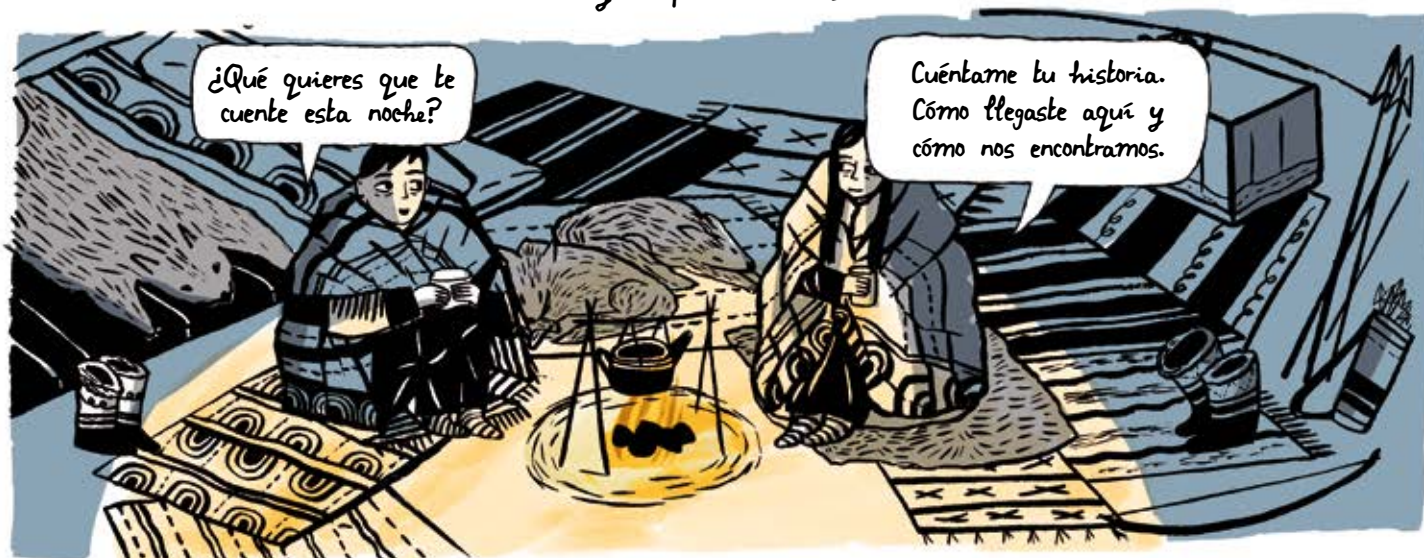
Cada mañana se levantaban e intercambiaban el lado de la cama. De ese modo, podían sentir en la cabeza la huella que el otro había dejado en la almohada. Y, durante unos breves instantes, hasta que la almohada se enfriaba y el calor desaparecía, casi sentían como si se estuvieran abrazando.



Así, los días se convirtieron en semanas y las semanas en años, pero la fuerza magnética no cedía. Pasaban horas y horas mirándose a los ojos. Y, sin embargo, no podían rozarse siquiera con las yemas de los dedos.



En lugar de eso, durante las eternas noches de invierno del Polo Sur, se contaban historias el uno al otro. Durante esas noches brillantes y cuajadas de estrellas, noches que se alargaban sin cesar, se sentaban y compartían relatos.



Parte Primera:

La

TIERRA DEL NORTE



LAS TRES HERMANAS DE LA ISLA DEL VERANO

En el corazón de la tierra del Norte, la nieve y el hielo nunca se funden. Pero más al sur se encuentra la Isla del Verano. Allí la temperatura asciende lo bastante como para que crezcan árboles. En invierno, doblados bajo el peso de la nieve, semejan un bosque de hombres ancianos. Pero en verano se yerguen orgullosos hacia las alturas.



La Isla del Verano es un lugar de altos bosques de pinos y de tundras interminables, de cielos extensos y de oscuros lagos glaciales. Estos lagos, profundos, azules y tranquilos como espejos, reflejan el cielo de tal modo que al mirar en sus profundidades uno siente vértigo.



El mayor de los lagos se encuentra justo en el centro de la isla. Cada primavera los glaciares se funden y se abren paso por los valles hasta derramarse en él. Lo llaman el Lago del Cielo, y en sus orillas hay una aldea. Y, en la aldea, viven tres hermanas.



Sus nombres no se pueden traducir con facilidad, pero a grandes rasgos podríamos llamarlas Ala-de-Gaviota, Junco-del-Río y Primeras-Nieves. Se querían tanto como solo pueden hacerlo las hermanas, y eran tan competitivas como solo las hermanas pueden serlo.



Un día las tres hermanas caminaban juntas a orillas del Lago del Cielo.



Como no sabían qué otra cosa hacer se llevaron al niño a casa, con la intención de averiguar de dónde venía para poder devolvérselo a sus padres. Pero aunque hicieron correr la voz a través de los narradores itinerantes, los comerciantes y los pastores nómadas, nadie vino a reclamarlo. Era un misterio. Había aparecido de la nada y ahora formaba parte de sus vidas.



Poco a poco se fueron encariñando más y más con el pequeño, y muy pronto las competitivas hermanas comenzaron a discutir sobre cuál de ellas lo amaba más, y cuál debería criarlo como suyo...



Soy la mayor. Yo debería ser su madre.

¡Oh, vamos! Tienes la paciencia de una pulga.

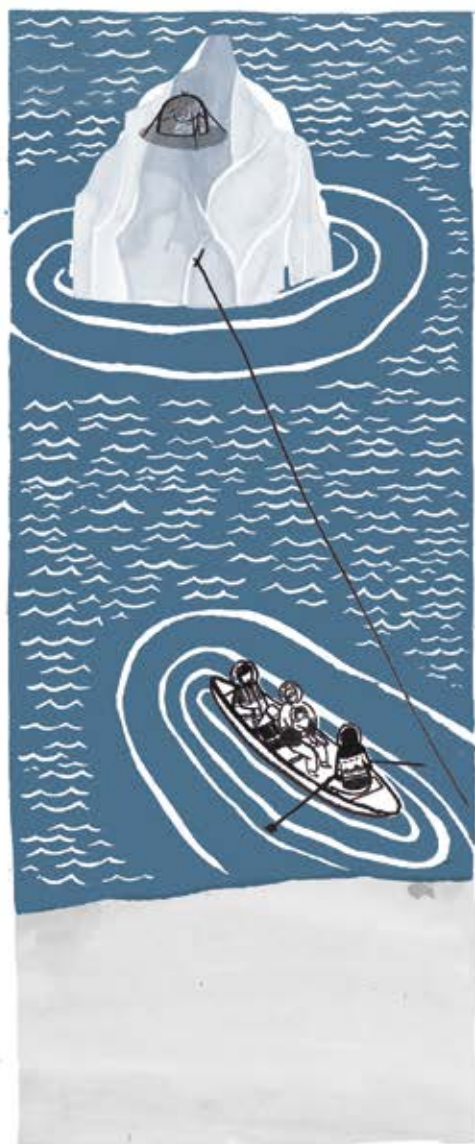
¿Y por qué no seguimos cuidándolo entre todas?

Típico de Primeras-Nieves. Si no lo quieres, sólo dilo.

¡AJÁ! No lo quieres, pero no puedes dejar de fastidiar, ¿verdad, hermanita?

¡Sí! ¡Sí que lo quiero!

Sus peleas iban en aumento y no podían ponerse de acuerdo. Así que tomaron al pequeño y fueron a visitar al Hombre Medicina. Este vivía en total soledad en el extremo sur de la Isla del Verano, en una cabaña sobre un iceberg. Los Norteños acostumbraban consultarle siempre sobre los asuntos importantes.





Saludos, hijas mías.



Bien. Necesitamos saber cuál de nosotras debería ser la madre de este niño.

Está claro que yo, que soy la mayor.



Aunque está claro que no la más sabia.



Hermanas, es evidente. ¡El me quiere más a mí!



Un niño, tres hermanas. Debéis compartirlo.



Sí. Lo que yo decía...

¡Oh, cállate!

No, no podemos compartirlo. Necesita tener una sola madre.



Bueno, pues tiene tres. Solucionadlo vosotras. Ese no es mi terreno.

(Sí, habréis notado una notable semejanza entre este Hombre Medicina y el Chamán al que ya conocéis. Este es un recurso narrativo que no tiene explicación, así que ¡a aguantarse!)





